8325

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA PASTORA DE LA ALCARRIA,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

21

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA PASTORA DE LA ALCARRIA,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR D. GUILLERMO PERRIN.

MÚSICA DE

D. ANTONIO ROVIRA.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el teatro del Circo el dia 1.º de Marzo de 1862.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA	Sta. Ramos.
LEOPOLDO	Sr. Grau.
BARON	Sr. Soriano.
PEDRO	Sr. Fernandez. (D. E.)

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala baja de un antiguo castillo, puerta al foro y laterales: grandes ventanas al foro y dando á los bosques: mesa á la derecha con papeles, y un periódico de Madrid: muebles antiguos: un sillon de brazos con espaldar alto, y reloj de pared en uno de los ángulos de la escena.

ESCENA PRIMERA.

El BARON en traje de caza y LEOPOLDO con un album en la mano, entran por el foro.

BARON. ¡Usted por aqui, Leopoldo!... ¡Quién me diria que habia de encontrarle en el fondo de estas montañas!...

LEOP. El mismo, mi querido Baron... ¿Porque supongo que sois Baron?...

BARON. ¡Como todo el mundo!... Por mi placer, y por mi dinero... Banquero, hé aqui lo sólido, lo necesario... Baron...

LEOP. Lo supérfluo.

BARON. ¡La baronia de Valle-hondo!... ¡Una magnífica propiedad! Leí una mañana el anuncio de su venta en el *Diario de Avisos*; y por hacer algo, la he comprado.

LEOP. ¡Soberbia adquisicion! ¡Magníficas vistas!

BARON. Si, son deliciosas... pero dejando esto, ¿á qué debo el placer de volverle á ver... Este jóven artista, que tanto me recomendó la marquesita de Santes, mi parienta... ¡Oh! y debo agradecérselo, sin usted no tendria hoy un

673461

retrato tan exacto de mi mujer.

LEOP. ¡Oh!... Cualquiera le hubiera hecho...

BARON. ¡Sois muy modesto, amigo mio! ¿Pero qué os habeis hecho en tanto tiempo? Nadie os ha vuelto á ver... ¿Habreis enriquecido por ventura?... ¿Sereis hombre de dinero?...

LEOP. Al contrario, mi capital solo se compone de cuatro mil reales, que es lo único que tengo para ir recorriendo este pais... viaje de artista.

BARON. ¿Entonces por qué diantres nos abandonasteis tan pronto?... La baronesa mi mujer os ha echado mucho de menos y yo igualmente... Mucho placer me hubiera causado el poseeros... porque amigo mio, un pintor, un artista... ¡Oh! Esto hace admirablemente en un salon... las artes y la banca... pero segun veo, no vais á ninguna parte.

LEOP. Es la verdad.

BARON. Solo os vi en Madrid, hace cerca de dos años, en casa de la marquesita de Santes... Una mujer deliciosa... encantadora... pero ¿qué teneis?...

LEOP. ¡Oh! Nada, nada. (Con interés.) ¿La conociais mucho, segun eso?

BARON. Eramos parientes lejanos... por parte de mi mujer. ¡Oh, era amabilísima! Todo el mundo la adoraba excepto su señor marido. Un pendenciero... jugador, que se hubiera comido á sus anchas toda su fortuna... ¡Pobre marquesa! Unida á un ente tan... hasta creo que llegó á (Haciendo la accion de pegar.) pues... porque se negaba últimamente á satisfacer sus exigencias...

LEOP. ¡Y ustedes, sus parientes, lo permitian!... Si yo hubiera estado entonces...

BARON. ¿Y qué hubierais hecho?

LEOP. ¡Le he buscado inútilmente, corrí en Roma á su hotel, pero no estaba... habia partido!

BARON. Para Calcuta: nada mas cierto. ¿Y para qué le queriais, amigo mio?

LEOP. Para matarlo, por razones personales solamente.

BARON. ¡Ah! eso es diferente.

LEOP. Pero volverá y entonces...

BARON. Me parece que... vamos, os desafio á ello.

LEOP. Pero... ¿Por qué?

BARON. Por la sencilla razon que ha muerto.

LEOP. ¡Muerto! ¡Él! ¡El marqués!

BARON. No hay por qué dudarlo... su mismo adversario, de quien soy banquero, asi me lo escribe... y el diario que me han traido, publica tambien la noticia. (Cogiendo un periódico de la mesa.) Ved. (Leyendo.) «En Calcuta, adonde habia ido á rehacer su fortuna, muerto en duelo á consecuencia de una escena de juego.»

LEOP. ¡Oh! ¡Es cierto!... ¡Es cierto! ¡Habrá impunemente ultrajado á su pobre mujer!

BARON. Querido mio, se me figura que teniais hácia la marquesa un reconocimiento y... una...

LEOP. ¡Qué no acabará sino con mi vida! ¡Todo se lo debo! Pobre y desconocido moria de hambre y desesperacion en mi guardilla.

BARON. Pero, ¿por qué no os dabais á conocer?

LEOP. ¡Y cómo hacerlo! ¡Se habia rehusado en la Exposicion mi primera obra! ¡Tenia fiebre... delirio! Acababa de hacer pedazos el lienzo de mi cuadro... y en el colmo de mi desesperacion iba á atentar á mi vida, cuando su aparicion en mi estancia impidió mi arrebato.

BARON. ¿Pues cómo?...

LEOP. De la habitacion contigua donde habia ido á prestar socorros, me oyó sin duda. «Vengo á encargaros un cuadro. ¡Valor, jóven, valor!» me dijo. No sé lo que pasó por mí, ni lo que la contesté; solo sí, que la sorpresa me hizo caer á sus pies... y desde entonces ¡Ah! ¡Desde entonces quedó herido mi corazon por sus encantos!

BARON. ¿Y vuestro cuadro?... El que ella os habia encargado...

LEOP. Fué recibido, tuvo los honores de la exposicion... ¡Pero qué me importaba! ¡Ella lo halló bueno, qué mas galardon para mí! Á invitacion suya corrí la Italia, estudié sus grandes maestros y trabajé con ardor, con éxito... Volví á Madrid, feliz por verla, pero el golpe mas imprevisto, mas fatal!... ¡Oh! ¡Supe que hacia algunos meses tanta juventud... tanta hermosura!... ¡Ah! ¡Caballero, esto es horrible!

BARON. ¡Si! Es verdad, en mil ochocientos treinta y cuatro, ese azote que nada respetaba... en algunas horas y sin tener tiempo de avisarnos, pues ninguno de sus parientes nos encontrabamos en Madrid, ni aun su marido, que en aquel momento cazaba en sus tierras...

LEOP. ¡Ese marido! para mi venganza debiera haber muerto mas tarde...

BARON. Antes de su mujer, por ejemplo, para haberla dejado libre y feliz... pero hay gentes que no saben hacer nada á derechas... y él era uno de ellos... Y la marquesita, ¿sabia al menos á qué extremo era amada?

LEOP. Jamás hubiera osado decírselo... y si hago ahora tal declaracion, es porque ya no existe... por hablar de ella... ¡es la única felicidad que me queda!

CANTO.

Si intento sobre el lienzo
con mano temerosa
copiar ¡ay! de la hermosa
el rostro encantador,
su sombra fugitiva,
que recelosa veo,
burlando mi deseo
no acude á mi clamor.
Perdida mi esperanza
mi cerebro enloquece,
su sombra desparece
y aumenta mi dolor...
Y á mis sueños de ventura
su luz pura abandonó,
y por premio á mi quebranto
solo el llanto, me quedó.
¡Huyó para siempre!!
su imágen querida;
no mas tiene vida
en mi corazon.

HABLADO.

BARON. ¡Y esa es la sola pena que os aqueja!... ¿Qué diriais si os diese el placer de verla otra vez?

LEOP. ¿Señor Baron!...

BARON. Y no en pintura...

LEOP. ¡Oh! Os burlais...

BARON. Todo menos que eso.—Escuchad: existe en estas inmediaciones una jóven llamada Magdalena, especie de simple, que se ocupa en cuidar vacas y repartir la leche por los castillos, cuya semejanza con la marquesa es prodigiosa.

LEOP. ¡Oh! Imposible.

BARON. No digo que sea absolutamente la misma, pero su aire... en el conjunto de su figura, hay tanta analogia, que viéndola, no puede uno menos de exclamar...

LEOP. ¡Dios mio!

BARON. ¡Justamente! Tal fué la exclamacion que al verla lancé.

LEOP. Pero, ¿cómo explicar esa rareza? ¿Ese fenómeno!..

BARON. Nada tiene de extraño que existan seres parecidos.

LEOP. Lo comprendo... esta idea sola me causa una emocion que no puedo explicar... Y, ¿dónde está esa Magdalena? ¿podria verla?...

BARON. Aqui mismo. Justamente trae todas las mañanas la leche para el consumo del castillo, pero... callad, ya la oigo.

LOEP. ¡Ah! Dios mio!

ESCENA II.

DICHOS y MAGDALENA por el foro. Trae un cántaro de leche, y une medida y jarro.

LEOP. (Al verla.) ¡Ah!

CANTO.

MAG.

Las niñas de mi tierra
en ocasiones
tienen de roca dura
los corazones.
Pero en habiendo
quien de veras las quiere
pierden el seso.

2.ª

¿Quién de amor en el juego

no pierde prenda
cuando mirar no sabe
la consecuencia?
Alerta, hijita,
que la mancha de amores
nunca se quita.

HABLADO.

LEOP. (Contemplándola.) (Las mismas facciones, sus ojos... ¡Oh! ¡es imposible que no sea!)

MAG. ¿En qué puedo serviros, señorito?

LEOP. (Ni la mas leve sorpresa! ¡ninguna emocion á mi vista!...)

BARON. (Acercándose.) Y bien, Magdalena... Es esa la leche que nos traes?

MAG. Dejadme, y manos quedas... ¡sois un libertino!

LEOP. (¡Ah! No es ella! ¡Por qué ha bablado!)

BARON. ¿Qué dices, muchacha?

MAG. Si, señor, pues mientras me entreteniais ayer, me equivoqué en dos ó tres medidas de leche...

BARON. ¿De veras?

MAG. ¡Si, señor!... y no es regular eso, pues tendré que pagarla... mi tia me lo ha dicho, y siendo culpa vuestra, no es justo.

BARON. Pues bien, vamos á ver, no te aflijas, tontuela, ¿qué es lo que te falta? Veamos...

MAG. ¡Treinta cuartos!

BARON. ¿Treinta cuartos? ¿muchacha, qué es lo que dices? por ese precio habria para comprar un cántaro lleno...

MAG? ¡Ya lo creo! pero cuando es un gran señor quien causa el daño, es mas caro...

BARON. ¡Hola! ¿Hay tarifa?... Sea, pero á condicion...

MAG. ¿Condicion? ¡Ninguna!...

BARON. Á condicion, que me escucharás... que serás menos espantadiza... ya ves que te pago el daño... pero escucha...

MAG. (Apartándose.) ¡No escucho nada!... mis treinta cuartos...

LEOP. (Dándola dinero.) ¡Toma!... ¡toma! ¡pero cállate!...

MAG. ¡Treinta cuartos en oro! ¿Qué me dais aqui, caba-

llero?...

LEOP. ¡Guárdalos!

MAG. Pero algo exigireis por esto... y...

LEOP. ¡Nada mas que tu silencio, pero calla!... ¡no hables mas! (La contempla un momento con dolor y desaparece por el foro de la derecha.)

ESCENA III.

BABON y MAGDALENA.

BARON. ¡Ah! ¡es hasta ese punto!...

MAG. ¡Qué le pasa á ese señor! ¿Le infundo acaso miedo?

BARON. Al contrario, le causas demasiada emocion.

MAG. ¡Yo!... ¿y por qué causa?

BARON. La de tu exacta semejanza con una gran señora... una marquesa de quien estaba perdidamente enamorado... pero lo mas gracioso es, que la amaba, sin haber osado decírselo jamás.

MAG. ¿Y por qué no se lo dice ahora?

BARON. ¡Toma! Porque ha muerto.

MAG. ¡Ay! ¡me parezco yo á una muerta!

BARON. No, mujer... no es eso, era viva cuando la adoraba... pero lo mas absurdo es... que... en fin, nada puede consolarle.

MAG. ¡Pobre señor!

BARON. Ahí tienes... un pintor... un artista... eso no es comun en nosotros: es necesario tener una cabeza exaltada... imaginacion...

MAG. ¡Qué! ¿Usted no la tiene?...

BARON. Yo soy banquero, hija... es decir, razonable.

MAG. ¿Y esa gran señora?...

BARON. Que curiosilla eres... te interesa él...

MAG. Queria solo preguntarle, si era bonita...

BARON. Puesto que se parecia á tí...

MAG. Ya lo comprendo. Se le figura á usted que está en la córte.

BARON. ¿Y por qué, muchacha?

MAG. ¡Toma! como allí se miente con tanta frecuencia, no quiere usted perder la costumbre.

BARON. ¡Chica! ¡hica! (Vaya si es estúpida la tal lecherita... pero asi me conviene mas.) Te incomoda el que te di-

gan bonita, cuando es una de las muchas cualidades que te adornan. Si, Magdalena, lo eres y verdaderamente es un bien perdido aqui en el fondo de estas aldeas.

MAG. ¿Qué quiere usted decirme?... no comprendo...

BARON. (Tanto mejor, esta es buena señal... En Madrid tomándose el trabajo de formarla... con buenos vestidos y algunas composturas... esto me haria honor... Bien es verdad que la baronesa mi muler... solo esto me molesta... pero ya encontraremos algun medio...) ¿Dónde vive tu tia?

MAG. Á la entrada del bosque... es la madre de Pedro, vuestro guarda.

BARON. ¡Ah! ¡Si; es verdad!... De ese imbécil.

MAG. ¡No, señor, si es primo mio!

BARON. Es igual. (Está en la masa de la sangre.)

MAG. Debo defenderlo, si, señor, que al fin es de la familia.

BARON. Haces bien, hija mia... pero, si no me engaño aqui viene.

ESCENA IV.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. (Aparece en la puerta del foro y viene como disputando con los de afuera.) ¡Hola! conque haceis los arrogantes y no quereis darme nada... ya os citaré á juicio, y entonces...

BARON. ¿Qué es eso, Pedro?

PEDRO. (¡Dios mio! ¡el señor Baron!) No es nada, señor... son unos delincuentes, de los que se topan por todas partes... entran en el monte, me cortan la leña verde, y me roban la seca, haciéndome gritar á cada paso y... porque los intereses de mi señor antes que todo... y cito á juicio, á todos los...

BARON. Que no te dan para beber.

PEDRO. (Mirando á Magdalena.) ¿Quién ha dicho eso? ¡No, señor! ¡envidiosos! ¡malas lenguas!... La prueba de que no perdono á naide, es que hasta los de mi misma familia no se libran... ayer he denunciao á mi prima Magdalena por haber dejao entrar sus vacas en los praos de su señoria, y ha sido multada en cuatro ducados.

MAG. ¡Yo!

PEDRO. ¡Si, tú! Delincuente.

MAG. ¡Dios mio! ¿Y cómo he de pagar yo todo eso?

BARON. Vamos, no te desconsueles... la cosa es grave, muy grave... (Bueno es atemorizarla.) ya veremos el modo de arreglarlo, y...

PEDRO. Eso es, siempre perdonando...

BARON. ¡Denunciar á tu prima! Eres un funcionario demasiado íntegro.

PEDRO. Si, señor, yo soy asi... muy entero, y sobre todo cuando me pinchan... porque el honor y la... y porque la aborrezco... ¡si, señor! ¡la aborrezco de muerte!

MAG. ¿Y por qué? ¡Mal corazon!

BARON. Si, ¿por qué?

PEDRO. ¿Qué necesidad ha tenido de abandonar á sus parientes, y venir á vivir aqui, en casa de mi madre? Todas las preferencias son para ella... y á me tienen abandonao, tengo que hacérmelo too.

MAG. ¡Toma! Yo estoy fuera, estoy con mis vacas.

PEDRO. Era conmigo con quien debias estar, á quien debias cuidar... no andaria yo tan... asi cuando veo á los lacayos de su señoria, tan bien vestios, gordos como rollos, y sin na que hacer: se me pasan por la cabeza unas ideas, que hasta me quitan el sueño.

BARON. ¿Por ventura, aspiras?...

PEDRO. ¡Á ser lacayo?... si, señor... ese seria el colmo de...

BARON. ¡Trocar por una librea tu libertad y tu independencia!

PEDRO. ¡Cá! ¡No, señor!... Si es para ser independiente. Cuando uno se sirve y se alimenta á sí mismo, lo que espera, es morirse de hambre... pero cuando se sirve á otros, sigun decia esta mañana vuestro ayuda de cámara, no procura uno mas que su comodidad, y en ser el verdadero amo.

BARON. (Bueno es saberlo.)

PEDRO. Si el señor quisiea llevarme á Madrid cuando volviera, y darme una plaza independiente en su servicio...

BARON. No es muy imposible... (Mirando á Magdalena.) Combinaremos eso en familia y... Ven luego á hablarme de ello, reflexionaré... y veremos. (Á Magdalena, que marcha.) ¿Ádónde vas, Magdálena?

MAG. Á llevar la leche á la reposteria.

BARON. ¿Y esa qué dejas ahí?...

MAG. Es para hacer la manteca y los quesos... mi tia vendrá á ayudarme... (Se vá por la puerta izquierda.)

PEDRO. ¡Eso es! ¡Y mientras mi sopa se hará sola!

BARON. (Marchándose por la puerta izquierda.) ¿Y quién te impide ir á desayunarte á la reposteria?

PEDRO. ¿Como suplemerario?...

BARON. (Yéndose.) ¡Bien!

PEDRO. Está dicho. (Con gozo.)

CANTO.

Ya me estoy viendo
con mi librea,
¡ay! qué contento,
¡ay qué placer!
Oro y galones
mi alma desea,
¡qué buen lacayo
que voy á ser!
Con este cuerpo
tan sandunguero,
y esta presona
tan bien portá,
con los galones
y mi sombrero,
qué guapo mozo
que voy á está.

ESCENA V.

Aparece el BARON por la puerta izquierda reflexionando, á poco LEOPOLDO por el foro, cabizbajo.

HABLADO.

BARON. ¡Si! No hay duda... es un asunto que debe meditarse, combinacion tanto mas ingeniosa, porque no seré yo... será mi misma mujer la que la haga venir á casa... (Viendo á Leopoldo, que entra.) ¡Ah! (Hé aqui á nuestro romántico amante, siempre rodeado de sombras y de ti-

nieblas.) ¿Y bien, amigo Leopoldo?...

LEOP. (Saliendo de su estupor.) ¡Ah! ¡Soy mas desgraciado aun... esa fatal semejanza, aumenta mas mi dolor. Son sus facciones, es su imágen... pero que no dice nada á mi corazon! ¡Retrato exacto y por tanto infiel, porque no hay en él ni su expresion ni su alma!... ¡No es sino un mármol... una estátua!

BARON. ¡Sea! Pero amigo mio, es una estátua muy bonita.

LEOP. ¿Y qué importa el exterior? ¡Lo que es el todo es el sentimiento... el fuego que la anima!

BARON. ¡Cómo querais, amigo mio! pero yo estoy por la parte de afuera... y usted mismo, usted que sostiene lo contrario, se dejaria prender en...

LEOP. ¡Yo!

BARON. Lo apostaria.

LEOP. ¡Olvidar á la marquesa! ¡Oh! ¡Imposible! ¡Y os lo repito, esta vista me hace mas desgraciado!

BARON. ¡Pues lo siento! Justamente tenia sobre ese punto que pediros un favor.

LEOP. ¿Y cuál?

BARON. No tenemos retrato alguno de la marquesa, y es de extrañar que siendo sus parientes, carezcamos de ese recuerdo de familia... y siendo asunto para usted de pocos momentos...

LEOP. Si, si; tiene usted razon... es el único medio de que vuelva á nosotros.

BARON. Pues vamos, venid.

LEOP. Si, ya os sigo. (Hacen una falsa salida. Magdalena aparece por la puerta izquierda. Leopoldo se detiene. ¡Ah! ¡Dios mio!

BARN. (Viniendo á él.) ¿Qué teneis?... (Leopoldo le muestra á Magdalena, que acaba de entrar: los dos se encuentran en este momento en el foro. Magdalena trae un lebrillo.

BARON. ¡Estais temblando!

LEOP. Si. Su vista me causa una emocion que no puedo explicar... ¿Qué viene á hacer aqui?

BARON. Á batir la mauteca.

LEOP. ¡Oh! ¡Callad! ¡Callad!

BARON. Comprendo que no es poético ni sentimental... pero es la verdad... conque vamos, yo voy á quitarme este traje... imitad mi franqueza, y luego á comer; conque hasta despues, amigo. (Sale por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

MAGDALENA y LEOPOLDO, la primera en el proscenio. Durante el final de la escena anterior ha vaciado la leche en el lebrillo y se pone á batirla. Leopoldo en el fondo la contempla algunos instantes, despues se aproxima, toma una silla y viene á sentarse á su lado. Magdalena se vuelve admirada y se aleja de él precipitadamente.

DUO.

LEOP. Aguarda aldeana,
¡deten por favor!...
MAG. El verme me dicen
que os causa dolor.

Á UN TIEMPO.

LEOP. Es verdad que al mirarte
no sé que siento...
recuerdos tu presencia
me trae sin cuento.
¡Deten, no huyas!...
esta ilusion del alma
no me destruyas.
MAG. Si solo mi presencia
os aliviara,
con el alma y la vida
aqui quedara...
¡Pero es tan triste,
el evocar recuerdos
de quien no existe!
LEOP. ¿Y sabiendo la causa
huyes de mí?...
¡Ah! ¡porque le pareces!...
MAG. Dios me hizo asi.

—

LEOP. Deja que el alma
goce un momento,
deja que viva

con mi ilusion...
Recuerdo hermoso
por quien lamento,
de mi tormento
ten compasion!

MAG. Si su alma goza
por un recuerdo
que en vuestra alma
por mí emanó...
la paz que brindan
estos lugares,
no es bien que altiva
desmienta yo.

HABLADO.

LEOP. (Entusiasmado y creyendo ver á la marquesa.) ¡Ah! ¡Luisa!... ¡Luisa!...

MAG. ¡No es ese mi nombre, caballero!

LEOP. ¡Ah! es cierto... ¡pero mientras mas te miro, mas me parece que eres ella! Para mi consuelo me envia Dios su imágen... y lo que el respeto me impidió decirla, podré decirlo á su sombra... ¡Si! ¡Luisa! por quien lloro, á quien llamo! ¡Si supieras cuánto te he amado!... (Magdalena lleva la mano á los ojos.) ¡Qué miro! ¡lágrimas en tus ojos! ¡Magdalena!

MAG. ¡Señor!... Al veros en ese estado...

LEOP. ¡Y tu corazon late! ¡tu mano tiembla!...

MAG. Es que dice usted unas cosas... que me parece no debia escuchar una jóven...

LEOP. ¡Oh! perdona á mi delirio... tranquilizate, no es á tí á quien las dirijo.

MAG. Bien lo veo, y por lo mismo, no debe hacerme mucha gracia oir esas palabras que van dirigidas á otra... cada uno tiene su alma en su armario y...

LEOP. ¡Cómo! ¿Has hecho atencion en eso? ¿Ese mármol encierra aun algun fuego?...

MAG. No comprendo lo que me decis... nosotras las hijas de este pais, no sabemos mas que lo que nos enseñan, y esto es tan poco...

LEOP. (¡Tiene razon! no es culpa snya.) ¡Hija mia! ¡no te abandonaré jamás!

MAG. ¡Cómo! ¡Caballero... y mi tia!

LEOP. Eso no impide, es un amigo que vela por tí y te protege. ¡Trabajaré! pintaré cuadros para ganarte un dote. Lo que Luisa hizo por mí, lo haré por su imágen! Tu fortuna...

MAG. ¡La mia, señor! ¡tantas bondades!... ¿Qué he hecho yo para eso?...

LEOP. Parecerte á ella; esto me basta. (Tomándola una mano.) Vamos á ver: háblame francamente: ¿tienes algun novio?

MAG. ¿Es necesario decirlo?...

LEOP. Sin duda.

MAG. ¡Pues bien!... Todavia no.

LEOP. ¿Á tu edad?...

MAG. En este pais vivimos tan atrasados... Solamente ahora... mientras que teneis mi mano... ¡Oh, perdonad! he querido decir la de ella...

LEOP. ¿Y bien?...

MAG. Al contacto de vuestra mano... no sé... pero advierto que podria tambien sentir ese fuego que usted experimenta por...

LEOP. Y cuando esas ideas se agolpan á tu imaginacion... ¿piensas sin duda en alguno?...

MAG. ¡Yo!

LEOP. En alguno del pais...

MAG. ¡Si, en alguno de aqui!

LEOP. Pues bien. Si es muchacho honrado... y te merece... le casaremos...

MAG. ¡Ah, no!

LEOP. ¿Y por qué?

MAG. Porque... porque no estoy segura de lo que pueda pasar... podria equivocarme... tal vez no me quiera...

LEOP. ¡Oh, imposible! ¡Eres tan bonita! Vamos, Magdalena, á mí, á tu amigo, dilo todo.

VOZ. (Dentro.) ¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAG. Es mi tia, que me llama.

LEOP. En buena ocasion.

MAG. ¿Y qué quereis?... me reñirá si la hago esperar.

VOZ. (Fuera.) ¡Magdalena! ¡Vamos pues!

LEOP. Me dirás su nombre luego...

MAG. Si, señor... mas tarde... puede ser... ¡Adios, señor, adios! (Sale por la puerta izquierda.)

ESCENA VII.

LEOPOLDO.

Si, pobre jóven, me encargaré de tu felicidad. Cuando conozca al que ella prefiere... me entenderé con el Baron y labraré su dicha, vendiéndole los cuadros cuyos diseños guardo aqui. (Se sienta en la mesa de la derecha y se pone á dibujar en el album.)

ESCENA VIII.

El BARON y PEDRO, entrando por el foro. LEOPOLDO dibujando. El primero con papeles en la mano y hablando con Pedro en el foro.

BARON. Te digo que estoy seguro... que te respondo...

PEDRO. (Con duda.) Vamos, que...

BARON. Digo que te ama.

PEDRO. ¿Quién? ¡Magdalena!... ¡mi prima!...

LEOP. (Ap., levantándose.) ¡Cielos, si será él!

BARON. (Á Leopoldo.) No os molesteis, querido... tratamos aqui un asunto de poca entidad... y que no...

LEOP. Si, es verdad... (Sentándose.) (¡Á mi hermosa Magdalena un marido como ese!)

PEDRO. Á pesar de todo... bien podeis tener razon: ahora recuerdo ciertas cosas... Ella llora con frecuencia á solas... y sobre todo, despues que hice mi declaracion á la Mariana, la hija del tabernero.

BARON. Ya lo ves... Ademas, esta mañana cuando la acusabas, en vez de quejarse, habia empezado por tomar tu defensa.

PEDRO. Yo no digo que no... es muy posible... y aunque yo no la quiera... por no haber pensado en ello... eso no quita pa que se consuma de amor por mí... ¡No seria la primera del lugar!

LEOP. (¡Dios me perdone! ¡es ademas tonto!)

PEDRO. Y vamos á ver... aunque asi sea... ¿á qué conduce todo ello?

BARON. Voy á decírtelo: tú querias entrar á mi servicio en clase

de lacayo...

PEDRO. ¡Toma! Y lo deseo mucho mas despues de haber salio de la reposteria.

BARON. Bien... pero para entrar en mi casa, yo, que soy hombre arreglado y casado, necesito indispensablemente que el que me sirva lo sea tambien.

PEDRO. ¡Pues me viene á las mil maravillas! Justamente esta mañana he pedio en matrimonio á la Mariana... la hija del tabernero, que trae consigo cien ducaos de dote.

BARON. Será asi... pero la Mariana no me conviene... es fea... y rubia... no me gustan las rubias.

PEDRO. Ni á mí tampoco... pero tiene cien ducaos...

BARON. Ese color anuncia un mal carácter y...

PEDBO. ¡Si!... pero los cien...

BARON. Ademas, como tu mujer vendrá tambien con nosotros á mi palacio, donde todo es elegante y distinguido... no quiero una doncella que desluzca: hé aqui la razon por que prefiero á Magdelena... conque di si te conviene ó no... no entrarás á mi servicio si no te casas con ella. (Se pone á exminar sus papeles.)

PEDRO. (Paseándose hasta el lado de Leopoldo.) Esto merece reflexion, porque en fin... Magdalena no es maliya y me ama... aunque es pobre... ella no es rubia, pero no tiene lo que la otra y...

LEOP. (Bajo á Pedro.) Si te casas con la Mariana te prometo mil reales.

PEDRO. (Volviéndose.) ¡Eh! ¿contantes?

LEOP. Ahí los tienes... ¡Toma!

PEDRO. Ya esto es diferente... pues señor... (Yendo al lado del Baron.)

BARON. Y bien... Veamos, despáchate, que tengo en la sala algunos electores del pais que me aguardan... ¿Estás decidido?

PEDRO. ¡Si, señor! sin duda... yo no tengo mas que una palabra y...

BARON. Comprendo, es como si no tuvieras ninguna.

PEDRO. Mi palabra la he dado á la Mariana y á su padre, que le regala cien ducados de dote... y ademas á otra persona que se interesa por ella y que le regala mil reales.

LEOP. (Bajo.) ¡Oh! estoy tranquilo! (Sigue dibujando.)

PEDRO. Ya esto es alguna cosa .. y sobre todo, cuando uno tiene dada su palabra...

BARON. ¡Y Magdalena!

PEDRO. ¡Toma! Magdalena no tiene nada.

BARON. ¿Y el destino que te doy?

PEDRO. ¡Ya! eso es de usté y no de ella.

BARON. (Bajo y llevándolo ap.) Pues bien; para acabar pronto porque tengo prisa, añado al destino dos mil reales.

PEDRO. Entonces... eso es otra cosa.

BARON. Á condicion que casarás con Magdalena, si no, ni destino, ni dote.—Mira, (Viendo entrar á Magdalena.) ahí la tienes, haz tu peticion, y no olvides que esta tarde ha de estar finiquitado el negocio. (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA IX.

MAGDALENA, PEDRO y LEOPOLDO, dibujando.

LEOP. Al menos la habré salvado, á pesar del Baron, de un hombre que no merece su afecto. (Magdalena vá á dirigirse al fondo y Pedro la detiene.)

PEDRO. ¿Es á mí á quien buscas, querida prima?

MAG. No, Pedro: voy á casa de la señora Teresa, que me ha hecho llamar.

PEDRO. (Sujetándola por el brazo.) Vamos, Magdalenita, no te vayas, ni te turbes, ni abochornes... ya sabemos lo que eso quiere decir... bien sabes que mozos como yo no conocen la ficion ni el intringulis... la franqueza siempre por delante. Hace largo tiempo he notao que penas en secreto y eres desgraciá, y pa quitarte afiltracamientos, pues conozgo la causa... voy á darte el remedio... ¡Yo te amo, Magdalena!

MAG. ¡Jesus! ¿Qué dices?...

PEDRO. Con buen fin... por supuesto... la prueba que vengo á pedirte en matrimonio...

LEOP. (Levantándose indignado.) ¡Tú! ¡Pedro! Despues de haber prometido casarte con Mariana, y cuando recibiste por ello...

PEDRO. ¡Mil reales! Ahí estan, los devuelvo porque mi honradez es antes que todo... Yo no quiero sino á Madalena, y la ofresco mi persona, con un buen destino y dos mil reales de dote.

LEOP. Es falso, Magdalena.

PEDRO. Es mucha verdad: el señor Baron, que es quien me lo ha permitido, es mas rico y mas generoso que usted, que no me dá mas que la mitad... por tanto, quiere que este matrimonio se haga.

MAG. Pues yo no quiero...

PEDRO. ¡Que no quieres! Serás capaz de desperdiciar una fortuna tan...

MAG. Para nada la quiero.

LEOP. ¡Bien, Magdalena!... ¡Bien!

PEDRO. Y yo digo que muy mal, que es un robo. Ella no tié derecho para quitarme de un golpe tan grande fortuna... eso no será, no, señor!

MAG. Si será.

PEDRO. Pero, ¿por qué?

MAG. Porque no te quiero.

PEDRO. Eso... es lo de menos.

MAG. Porque no me gustas...

PEDRO. Tampoco me importa... Eso no lo harás creer á naide... Di mas bien que hay otros aqui que te agradan mas... ¡el señor!... cátalo ahí.

LEOP. ¡Yo! ¿á quien ve por la primera vez?

PEDRO. No es la primera, no señor.

MAG. ¡Quieres callarte!

PEDRO. No me dá la gana... Si, señor... la ví ayer agazapá en un lindero... y mientras que usté garatuseaba sobre el ribazo de enfrente, le miraba ella con una atencion... y una cosa que... ¡anda!... ¡tómate esa!

MAG. ¡Eso no es verdad!

PEDRO. Cuando yo lo digo... ¿Qué hacias entonces allí? ¿dime?... miste, miste cómo se abochorna.

MAG. ¡No es verdad! Acababa de llegar.

PEDRO. ¡Cá!... si hacia mucho tiempo que estaba, y tanto, que sus vacas se habian dío cerca de una legua.

MAG. ¡Mientes!

PEDRO. Ahí estan ellas, que lo puen dicir. Y sobre tóo, si no te casas conmigo publico tu mala conduta y...

LEOP. ¡Cómo! Desgraciado, ¿te atreverias?...

PEDRO. Y tanto que me atreveria... ya sé yo lo que me quea que hacer...

TERCETO.

PEDRO. Lo diré
al lugar todito,
y en un grito
se pondrá.
Y aunque rabie
la taimada,
yo por mí
no pierdo nada,
ella si que perderá.

MAG. Nada temo
tu impostura,
nadie aqui
te creerá.
Corre, vuela,
cuenta el caso,
que por premio
á tu mal paso
tu serás quien perderá.

LEOP. Contenerme
apenas puedo:
su castigo
llevará.
Si él agota
mi paciencia,
del rigor
de mi sentencia
nadie aqui le librará.

MAG. Pero escucha.

PEDRO. Soy de roca.

LEOP. ¿Nada temes?

PEDRO. No hay de qué.

LEOP. Deten, desgraciado,
tu paso atrevido,
no empañe tu lengua
mintiendo, su honor.
Si ciego mi aviso
das torpe al olvido,
cual furia de averno
verás mi rigor.

PEDRO. No temo su furia,
callarme no intento,
pues ella desprecia
mi empleo y amor.
Si callo, mi suerte
huirá como el viento;
no quiero callarme,
que hablar es mejor.

MAG. El cielo, que mira
mi pura inocencia,
hará de su encono
templar el rigór.
Revoque el destino
tan dura sentencia,
y acalle la injuria
que ataca mi honor.

(Pedro sale precipitadamente por el foro, Magdalena cae en un sillon y Leopoldo corre á su lado.)

ESCENA X.

MAGDALENA y LEOPOLDO.

HABLADO.

MAG. ¡Ah! ¡Dios mio! ¿Qué es lo que me pasa?...

LEOP. ¡Tranquílizate, Magdalena... nadie lo creerá!

MAG. Pero... y usted... ¡ah! ¡esto es muy terrible! ¿Podrá ustod suponer cosas?...

LEOP. ¡Yo! ninguna... te lo juro... ¿qué interés podias llevar?...

MAG. Era necesario tener muy poco corazon para pensar en uno que nos mira sin vernos, y que nos dice «yo te amo» pensando en otra.

LEOP. ¡Si, á quien he perdido!... ¡que ya no existe!

MAG. Eso es mucho peor... Y la amabais mucho, ¿no es verdad?

LEOP. ¡Mas que á mi vida!

MAG. (¡Oh!)

LEOP. La adoraba en silencio: el respeto... su posicion... me hacian enmudecer... asi es que en sus salones me mantenia mudo y reservado, y jamás hubiera osado decirle

«¡yo te amo!»

MAG. (Con gozo.) ¡Jamás!

LEOP. ¡Jamás! mientras que á tu lado lo diria á cada paso.

MAG. ¿Tomándome por ella?

LEOP. Magdalena, ¿qué quieres? eres su imágen y debo adorarte; pero de otro modo: mi sola idea, mi solo cuidado es el verte feliz y encontrar uno digno de tí.

MAG. ¡Ay! os lo agradezco.

LEOP. ¿Qué dices?

MAG. Quisiera quedar siempre asi.

LEOP. ¿Sin casarte?

MAG. ¡Jamás! Estoy decidida.

LEOP. ¿Qué rázon?...

MAG. Cada uno tiene las suyas... y os ruego que no me la pregunteis.

LEOP. Bien, Magdalena, respeto tus motivos y aplaudo tu resolucion... podré consagrarte mis dias, mis instantes, que pasaré á tu lado, viendo en tí los dos sentimientos mas dulces de la vida: el recuerdo vivo de la que amé, y la amistad de una hermana.

MAG. ¡Ah! Yo lo quisiera, caballero... pero veo que no puede ser.

LEOP. ¡Qué quieres decir!

MAG. Que lo que para usted seria un juego que engañara su dolor, podria ser para mí, que no tengo la costumbre de verme amada, una realidad: la semejanza tiene aire de tal, y es difícil de distinguir... pudiera equivocarme... ¡tal vez lo haya hecho ya!

LEOP. ¡Cielos! ¿Qué dices?

MAG. Asi, señor, si es verdad que teneis algun interés por la pobre Magdalena, tengo un favor que pedirle.

LEOP. ¿Cuál?

MAG. No me lo negareis, ¿no es verdad?

LEOP. Cualquiera que sea... ¡te lo juro!

MAG. Á nombre de la marquesa... ¡por ella!

LEOP. ¡Por ella... y por tí!

MAG. Pues bien, señor, abandone usted este pais, parta hoy mismo, y no vuelva jamás á verme.

LEOP. ¡Cómo, Magdalena, he de renunciar á mi dicha!

MAG. ¡Yo vuestra dicha!... no soy sino la imágen...

LEOP. ¡Y qué me importa, si ella me vuelve á la vida, si me consuela!]

MAG. ¡Y si á mí me causa mal!... No sé lo que siento; pero preveo que si continuais aqui, esto acabará mal y me acarreará muchas desgracias.

LEOP. ¿Lo crees asi?

MAG. Estoy segura.

LEOP. Pero...

MAG. Me lo habeis prometido... y ademas vuelvo á rogároslo... dejadme daros solamente el nombre de amigo, de hermano.

LEOP. ¡Tú lo quieres!... Bien, Magdalena, partiré hoy mismo, ahora si lo deseas... pero déjame al menos llevar el consuelo de un abrazo de despedida... (Magdalena se aparta.) ¿Lo rehusas?

MAG. ¡Oh, no! es para mi hermano, para mi amigo. (Se abrazan.)

ESCENA IX.

DICHOS, el BABON y PEDRO, apareciendo en la puerta del foro.

PEDRO. (Al verlos.) ¡Dios mio! ¡Qué es lo que veo! (Magdalena huye por la puerta izquierda, que cierra.)

BARON. (Viniendo á él.) ¿Qué es lo que tienes?

PEDRO. ¡Magdalena, mi prometida! con la que quereis absolutamente hacerme casar por...

BARON. Y bien... ¿qué?

PEDRO. Ese caballero la abrazaba.

BARON. ¡Quién!... ¿Leopoldo?

PEDRO. El mismo, yo lo he visto.

BARON. Vamos, cállate... te daré alguna cosa mas.

PEDRO. ¡Ah! ¡Entonces... bueno!

BARON. (Á Leopoldo.) ¡Bien, mi querido amigo... muy bien! Cuando debiais eternamente llorar la pérdida de... me parece que pronto os habeis consolado... y que á pesar de vuestro dolor, os permitis...

LEOP. Excusad, señor Baron, suposiciones que puedan ofenderme. No niego la emocion que he experimentado á la vista de esa jóven, cuya causa conoceis: pero cualquiera que sea el afecto que me inspire, ó el interés que hácia ella tenga, no me hará quedar un dia mas en este pais. Decidido á marchar, daba el último adios á Magdalena, con su permiso.

PEDRO. ¡Ah! ¡Era despedia!... Eso es diferente... porque las despedias... son circunstancias...

BARON. Atenuantes... ya lo ves.

PEDRO. ¡Perdonadme, caballero!

BARON. ¡Si, si! perdonadnos de haber tenido ideas, y haberos supuesto intenciones...

LEOP. No tengo otras que las de continuar mi viaje.

BARON. ¡Oh! Amigo mio, perdonadme: pero tengo vuestra palabra para hacer un retrato de la marquesa, y si desperdiciamos esta ocasion...

LEOP. Es verdad... pero no me hallo dispuesto para ello... ademas mi caja de colores la he dejado en el parador...

BARON. ¿No es mas que eso? Pedro, corre á casa de Mariana y trae la caja del señor.

PEDRO. Voy volando. (Se aleja por el foro izquierda.)

ESCENA XII.

BARON y LEOPOLDO.

BARON. Despues marchareis si asi os conviene; en ese punto sois el amo... pero no quiero que mis gastos para el adorno del original sean perdidos.

LEOP. ¿Qué quereis decir?

BARON. ¡He tenido una idea soberbia!

LEOP. ¡Una idea!...

BARON. Ciertamente... es lo único que me acontece desde que estoy en este pais... he tenido algunas sublimes para mi discurso... pero esta, es concerniente al retrato. He dado mis órdenes, para que con los vestidos y adornos de mi esposa vistan á Magdalena, asi, de gran señora; la semejanza será mas completa.

LEOP. ¿De veras?

BARON. De ese modo os servirá de modelo. Voy adentro á un asunto, y al momento soy con vos... (Se aleja por la puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

LEOPOLDO.

Si, lo habia prometido... y debo cumplir mi palabra... pero concluido el retrato, partiré inmediatamente, lo he jurado.

ESCENA XIV.

DICHO y MAGDALENA: aparece por la puerta izquierda, vestida de gran señora.

LEOP. (Retrocede admirado.) ¡Dios mio! ¡Qué es lo que veo! Mis ojos ó mi corazon me engañan. ¡Oh, es para perder la razon!... ¡Luisa! ¡Luisa! ¿Sois vos? (Magdalena hace una señal de cabeza negativa.) ¡Ah, no eres sino tú!

MAG. Á quien acaban de adornar de esta manera... ¿Qué quiere decir esto, señor? ¿Qué van á hacer conmigo?

LEOP. Tu retrato que me han pedido... y que he prometido hacer... yo, tu retrato, tu imágen para ellos... ¡Para dejársela! ¡Oh, no, no la tendrán!... ¡Me es imposible hacerlo!... Pero, (Mirando alrededor.) antes que vengan déjame tomar un leve diseño de lapiz... para mí... para mí solo.

MAG. (Turbada.) Creo que me habiais prometido abandonar este castillo.

LEOP. Razon de mas para llevar conmigo la imágen que tanto he deseado... ¡Partiré despues... yo te lo juro!

MAG. Entonces... despachaos pronto. (Empieza la música.)

LEOP. (Corriendo á tomar su album de la mesa.) Héme aquí... es asunto de un momento, pero que me hará recordar á cada paso las emociones que experimenté á tu lado. (Movimiento de Magdalena.) No te impacientes, ya voy. (Música. Se sienta en la mesa de la derecha y prepara su album: viendo á Magdalena que se coloca detras del sillon.) ¡No! no te pongas tras ese mueble... no podria verte.

MAG. (Cambia de postura y se coloca al lado del sillon.) ¿Está bien así?... ¿Ó bien de esta manera? (Apoya el codo en el brazo del sillon, y la cabeza sobre la mano.)

LEOP. (Contemplándola.) ¡Oh! ¡Qué hermosa es!

MAG. ¿Y bien, señor, no pintais?

LEOP. ¡Perdona! me habia distraido.

MAG. Es... que se fatiga una, estando tanto tiempo quieta.

LEOP. Tienes razon... mira... siéntate en el sillon, frente á mí. (Lo hace.) ¡Bien! (Dibuja.) Dos minutos solamente. (Se detiene.) Tus ojos, no los fijes en el suelo... no podria verlos... dirígelos hácia mí.

MAG. ¿Asi, señor?...

LEOP. ¡Si, si, mírame siempre!...

MAG. ¿Asi?...

LEOP. ¡Oh, no! No me mires asi, porque me impides trabajar.

MAG. ¡Caramba! Acabad de una vez... ¿Cómo he de tener los ojos... bajos ó altos?

LEOP. ¡Ni lo uno ni lo otro!... Pero aguarda... ¿Sabes leer?

MAG. ¡No, señor, por desgracia!

LEOP. Es igual, harás como si leyeses. (Coge el diario de la mesa y lo entrega á Magdalena.) ¡Toma! ahí tienes ese periódico. (Vuelve á tomar su album y continúa dibujando.) ¡Bien! no te muevas. (Magdalena fija la vista en el periódico, y á poco rato demuestra en su semblante la emocion que experimenta, deja caer el periódico y se desmaya.) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué es lo que tiene!... ¡Se pone mala!... ¡Sus manos tiemblan! (Corriendo á ella y quedando á sus pies arrodillado.) ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Vuelve en tí!

ESCENA XV.

LEOPOLDO á la izquierda, de rodillas, junto á MAGDALENA. El BARON saliendo por la puerta izquierda, y PEDRO con la caja de colores por el foro.

PEDRO. (Dejando caer la caja.) ¡Dios mio, otra vez!

BARON. (Corrienda á él.) ¡Quieres callarte!

PEDRO ¡Callarme! cuando ese señor está de rodillas delante de mi prometida... de la que quereis hacerme casar por...

BARON. ¡Pues bien! ¡Cállate!... Añadiré algo mas.

PEDRO. ¡Ah! entonces...

BARON. No ves que es un juego para...

LEOP. (Siempre de rodillas, se vuelve al Baron y le dice.) ¡Venid!... ¡Venid! ¡Se encuentra mala!

BARON. (Á Pedro.) Corriendo á casa... las sales... mi eter... ¡corre!

PEDRO. Con un vaso de agua fresca... Voy corriendo, voy... ¡Ah! no los dejeis solos, para impedir...

BARON. Anda, animal.

ESCENA XVI.

El BARON, cerca de la puerta de la derecha, viendo á Pedro. MAGDALENA desmayada. LEOPOLDO á su lado, de pié.

LEOP. ¡No, no!... ya vuelve. (Á Magdalena, á media voz y con ternura.) Adios, Magdalena, adios! ¡Ya parto!

MAG. (Lo mismo.) ¡No, quedaos!

LEOP. (Admirado.) ¡Qué dice!

BARON. (Llegando á ellos.) ¿Cómo te sientes?

MAG. No es nada, nada, señor... la fatiga... el calor... el aturdimiento...

BARON. De encontrarte tan bella, ¿no es verdad? Pero, puesto que ya pasó, veamos qué tal aspecto tienes... Es la figura la que hace ser una gran señora... ¡El talle esbelto, como yo! (Magdalena se levanta y lo imita.) ¡No está del todo mal! El andar majestuoso... como yo... La mirada coqueta y penetrante... ¡Bien, muy bien! Verdadera gran señora. (Con tono irónico.) Y bien, querida marquesa, ¿qué noticias corren?

MAG. (Lo mismo.) ¡Curiosísimas, querido Baron!

BARON. (Á Leopoldo, riendo.) ¡Bravo! ¿no es verdad?

MAG. Se dice... que para sustraerse á tratos indignos, la marquesa de Sales hizo correr la noticia de su muerte.

LEOP. ¡Gran Dios!

BARON. (Riendo.) ¿Qué es lo que dice, hombre? ¿qué es lo que dice?

MAG. Que durante este tiempo se ocultó en casa de su nodriza, en el fondo de la Alcarria.

LEOP. ¡Cielos!!

BARON. ¡Cómo!!

MAG. Decidida á haber continuado siempre, si la muerte del señor marqués, que acabo de saber, no la hubiese vuelto á la vida... (Tendiendo la mano á Leopoldo.) ¡á la libertad!

LEOP. (Fuera de sí y cayendo á sus pies.) ¡Es ella!... ¡Luisa!...

BARON. (Al otro lado haciendo otro tanto.) ¡Ah! perdon! ¡perdon, señora!!

ESCENA XVII.

LOS MISMOS y PEDRO trayendo un vaso de agua en una bandeja, que deja caer al ver á Magdalena de pié entre los dos arrodillados.

PEDRO. ¡Dos ahora! ¡dos á la vez! ¡Y usted tambien, señor Baron!...

BARON. ¿Qué es lo que dices?

PEDRO. Mi prometida... con quien queriais hacerme casar por...

BARON. Vete á paseo...

PEDRO. ¡No hago otra cosa!

BARON. ¡Qué diablo! eres demasiado susceptible, acabarás por arruinarme. (Levantándose.)

LEOP. (Á la Marquesa.) ¡Conque es verdad! La Marquesa á quien amaba tanto...

MARQ. ¡Era yo!

LEOP. Y... ¡Magdalena... de quien yo era amado?...

MARQ. ¡Yo... tambien!

PEDRO. ¿Y yo?... ¿Conque tengo que apechugar con la Mariana?... (Al Baron.) pero al menos... ¿me dareis lo prometido?

BARON. ¡Yo no te doy nada!

MARQ. Yo te lo daré.

PEDRO. (Corriendo hácia el foro y sale.) ¡Qué felicidad! ¡Soy rico! ¡soy lacayo!

MARQ. Y usted, Leopoldo... mi verdadero amigo... entre la marquesa y Magdalena... ¿á cuál prefiris?

LEOP. ¡Oh! ¡no me lo pregunteis!!

MARQ. Será entonces forzoso daros las dos. (Dá la mano á Leopoldo, que este besa con pasion.)

MUSICA.

MAG.

Por simple aldeana
pasé en este prado,
sufriendo del hado
el duro rigor.
Al fin de mi suerte
trocóse el destino,
y encanto divino

reemplaza al dolor.
Mi mente despierta
de oscuro letargo,
mi seno conmueve
un dulce latir.
Feliz si en mi pena
sufrí el hado amargo,
qué en pago tal dicha
hoy llego á sentir.

LEOP. Feliz si en su pena
sufrió el hado amargo,
que en pago tal dicha
hoy llega á sentir.

BARON. Feliz si en su pena
sufrió el hado amargo,
que en pago tal dicha
hoy llega á sentir.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 28 *de febrero de* 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

larta y Marla.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.

legro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

ropósito de enmienda.
escar á rio revuelto.
or ella y por él.
ara heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
or la puerta del jardin.
oderoso caballero es D. Dinero.
ecados veniales.

ue convido al Coronel!...
en mucho abarca.
é suerte la mia!
ién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ngélica y Medoro.
rmas de buena ley.
cual mas feo.

aveyina la Gitana.
upido y Marte.
ñiro y Flora.

Sisenando.
oña Mariquita.
n Crisanto, ó el Alcalde proeedor.

Bachiller.
doctrino.
ensayo de una ópera.
calesero y la maja.
perro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
leon en la ratonera.
último mono.
redos de carnaval.
delirio (drama lírico.)
Postillon de la Rioja *(Música)*
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, o segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.